



Capítulo 7

A la conquista de la cima del monte Bernina (Alpes italianos)

Las tres y media de la tarde, el motor en marcha... y la aventura proseguía.

A la salida del pueblo, una vez rebasado el punto de partida del teleférico, tomamos una estrecha carretera que se adentraba hacia el bosque en dirección este.

El morro del coche, en su avance, desplazaba sin dificultad la gran acumulación de nieve polvo que volvía invisible el camino, aunque perfectamente marcado por una sucesión de pértigas metálicas pintadas a franjas negras y rojas clavadas cada ocho metros.

Con la nieve casi a la altura del capó, al llegar a un cruce con una senda que procedente de la ladera desembocaba en la pista, José detuvo el todoterreno y anunció:

—Tres cuartos de hora caminando y habremos llegado.

Con cierta dificultad salimos del vehículo empujando la nieve con las puertas. Cada uno cogió su mochila y tras atar las raquetas a nuestras botas, emprendimos la lenta marcha camino arriba regados de vez en cuando por pequeñas avalanchas que caían desde las ramas inclinadas.

Entre altas coníferas de oscuros troncos avanzamos sobre aquellos ingenios atados a nuestros pies sin apenas hundirnos en la nieve ligera.

Mientras caminábamos José nos habló de la enorme extensión del bosque en el que nos estábamos adentrando al tiempo que nos hacía reparar en unas pequeñas placas metálicas que confirmaban la ruta sujetas con alambres al tronco de algunos árboles.

—Si cambia el tiempo no las perdáis de vista —advirtió.

Señalándolas, nos dijo lo importante que sería volver sobre nuestros pasos en caso de perder el sendero, pues en cualquier dirección se extendía una inmensa masa boscosa de más de trescientos kilómetros de anchura en la que orientarse era una misión sumamente difícil para alguien que no conociese la zona. Nos contó que el invierno anterior una familia se había visto envuelta por una fuerte tempestad en plena noche. Llegó un momento en que el coche no pudo ya avanzar, y sin cobertura en su teléfono móvil, el marido intentó seguir a pie con la intención de conseguir ayuda. A la mañana siguiente el vehículo fue localizado por una patrulla de montaña con la mujer y los tres pequeños en su interior con la calefacción puesta angustiados por la tardanza del hombre, al que encontraron a cien metros escasos del vehículo congelado después de haber hecho un recorrido

circular, posiblemente tras perderse en mitad de la ventisca y haber intentado el regreso.

—Estamos a punto de llegar —dijo José al cabo de poco más de media hora de marcha.

Unos minutos más tarde, a cincuenta metros de nosotros, distinguimos el tejado inclinado de una casa de madera semioculta entre los árboles al borde de una amplia extensión blanca y despejada. No fue necesario retirar la nieve para poder abrir la puerta del refugio, pues se encontraba protegida por un amplio porche que soportaba sobre sí el peso de las nevadas resguardando al mismo tiempo de la intemperie gran cantidad de leña perfectamente apilada.

Con un sonido ronco la llave giró en su cerradura, chirriaron las bisagras y entramos en la casa. Dentro olía a madera y ligeramente a humedad. Paco, al ver la chimenea proclamó levantando los brazos:

—¡Yo me encargo del fuego!

Le acompañé a la leñera exterior y en dos fuertes capachos de mimbre entrelazado transportamos nuestra carga de madera deliciosamente perfumada.

Con plena concentración, como en infinidad de ocasiones le había visto hacerlo en el pasado, Paco construyó en el interior del hogar una estructura piramidal hecha a base de pequeñas ramas con un par de piñas en su interior, rodeando su obra de leña de mayor tamaño con la intención de que se calentase antes de ser abrazada por el fuego. Los primeros chisporroteos anaranjados dieron paso a una frágil llama que avivó soplando cuidadosamente sobre ella.

A nuestra espalda la luz de las dos velas de gruesos cabos empezó a ganar protagonismo en la sala al tiempo que las últimas luces del día abandonaban el interior de la estancia. Poco a poco el resplandor de la

chimenea también fue cobrando fuerza a medida que el fuego, cada vez con mayor intensidad, lamía ardientemente la oscura curvatura de los troncos.

Anticipándonos al sueño, extendimos los sacos de montaña en una habitación anexa equipada con dos literas dobles.

—Habrás que cenar, vamos, digo yo —sugirió José apoyando en el suelo un raro artilugio con manivela y forma espiral de casi un metro de alto.

—Si eso es un descorchador, no quiero ni imaginar cómo puede ser la botella —bromeé.

—¡Al lago! No será cuestión de más de media hora —dijo José señalando la puerta.

Salimos del refugio, y siguiendo sus indicaciones, con unas palas planas hicimos un pequeño camino apartando la nieve depositada sobre la superficie del lago helado. A diez metros de la orilla despejamos un círculo, y con el “descorchalagos”, como lo bautizamos, hizo un agujero de unos veinte centímetros de diámetro, sacó de su bolsa una diminuta caña de pescar telescópica, y dejó que el anzuelo y el brillante cebo metálico fuesen arrastrados por el peso del plomo al negro interior del círculo.

Iluminé con mi linterna la abertura y en cuestión de segundos, pequeñas vibraciones curvaron el extremo de la caña. Un ligero tirón, unos rápidos giros de carrete, y una preciosa y centelleante trucha asalmonada de más de treinta centímetros coleteaba ya en la superficie vítrea y fría del lago. Para hacernos con la segunda no fue necesario más tiempo.

Hacía tan solo veinte minutos que el sol se había ocultado y la oscuridad ya era total. Me llamó la atención el rápido declinar de la luz en aquel paraje en comparación con los interminables atardeceres, que tantas veces, había disfrutado a las orillas del Atlántico frente a las costas de Galicia mientras el sol seguía su curso imperturbable para despertar de su

sueño a América. Pensé que eso sería lo que estaría a punto de acontecer en Asia en esos momentos.

Ayudados por las linternas desandamos el camino regresando de nuevo al refugio con nuestra pesca. La caldeada estancia y la hipnótica visión del fuego nos absorbieron hacia el interior de la casa. Dos velas más se encendieron en la mesa de la pequeña cocina huérfana de electricidad. Abrí el grifo del fregadero y no salió de él ni una sola gota. Tres garrafas de veinte litros de agua congelada descansaban sobre el mármol; las cogimos y a una distancia prudencial las situamos cerca de la chimenea.

—Lástima de una copa de vino —dijo Alfonso.

Sin mediar palabra cogí mi mochila y saqué de su interior una botella de “Pago de los Capellanes”. La botella circuló de mano en mano para sorpresa de todos.

—Pues no sé si habrá criado, porque mirar qué más hay aquí —dije.

Como si la mochila se hubiese convertido en el sombrero de un prestidigitador, saqué una segunda, una tercera y una cuarta botella del magnífico vino, dejándolas alineadas en la mesa de madera.

—Y para terminar..., ¡un buen ron añejo dominicano!

—¿Pero de dónde ha salido todo esto? —preguntaron incrédulos.

—De una vinoteca por la que pasamos el día de nuestra llegada a Grand Juncción. Conociéndoos, sabía que habría una buena ocasión para abrirlas, y mira por donde, va a ser esta.

Sin tiempo a reaccionar, me vi elevado en el aire sujeto por brazos y piernas vitoreado por mis amigos.

Mientras se derretía el agua de los bidones, Alfonso se apañó con la de las cantimploras para limpiar el pescado antes de adobarlo con sal, ajo y perejil, y dejarlo descansar abierto sobre la gran parrilla aguardando su encuentro con las brasas.

A la luz del fuego, con un cantarillo desconchado mediado de vino en la mano cómodamente sentado en uno de los butacones, retomé la lectura de mi libro.

Una hora después, Paco, que tras encender la lumbre se había adjudicado públicamente el título de “guardián de los infiernos”, tomó uno de los hierros que colgaban a la derecha de la chimenea para separar y extender un montón de ascuas al lado de las llamas. A continuación Alfonso apoyó la parrilla sobre ellas rociando nuestra cena con un chorro de aceite de oliva que chisporroteó al contacto con las brasas produciendo pequeñas llamaradas de vivos colores.

—Diez minutos, vuelta, y listo —anunció.

Cuando descorchábamos la segunda botella, el pescado, humeante, aterrizó sobre la mesa iluminada por las velas.

Con el cantarillo en alto, dijo Alfonso con solemnidad:

—¡Porque estamos aquí, porque estamos juntos, y por este momento!
¡Por nosotros!

—¡Por nosotros! —respondimos todos a coro.

Las loas al cocinero fueron unánimes. Hasta Paco, el vegetariano, con su tabla de quesos delante y sus pimientos asados, alabó el delicioso aroma del pescado.

La cuarta botella quedó sin abrir; le pedí a José que la guardase hasta que, una vez hubiésemos regresado a Europa, la bebiese en alguna ocasión con Helen a nuestra salud.

Tras la cena nos acomodamos en el sofá y en las dos butacas frente a la chimenea.

—Con lo que hemos bebido, si nos hiciesen ahora un control de alcoholemia caminando por la pista nevada con las raquetas, nos caería una buena...—bromeó Paco.

Mientras Alfonso servía el viejo ron en los pocillos esmaltados, el medio pedal que tenía en el cuerpo debido al vino me reveló la belleza de los reflejos del aromático líquido color ámbar, que dibujando una gruesa línea entre la boca de la botella y el cantarillo, se precipitaba en brillantes borbotones en su interior con el fuego al fondo .

La animada charla de la cena dio paso a unos momentos de silencio, hipnotizados por el resplandor que nos envolvía, las sombras que danzaban, y el crepitante sonido de la madera al arder.

Levanté la vista para observar la expresión de los rostros de mis amigos. Paco tenía sus ojos azules fijos y perdidos en algún lugar lejano, más allá de las llamas. Alfonso ojeaba una revista de montaña, y al buscar a José, su mirada se cruzó con la mía sonriéndonos, viviendo con intensidad aquel momento único, diciéndolo todo sin decir nada.

Rompí aquel silencio. Propuse que cada uno contase una historia. Alguna anécdota o situación que hubiésemos vivido y que por alguna razón fuese importante para nosotros.

—”Había una vez cuatro amigos que se reunieron para estar unos días juntos y que pasaron una noche inolvidable en una casa de madera perdida a la orilla de un lago helado rodeado de espesos bosques...” —dijo Paco de corrido con voz monótona y solemne en tono de broma, como un niño recitando.

—¡No, no! Eso está pasando ahora. Algo que pertenezca al pasado —dije—. Empezaré yo si os parece...

»¿Os acordáis de nuestra ascensión al Piz Bernina, aquel pico fronterizo entre Suiza e Italia? ¿Recordáis la Cabana Marco e Rossa?

Quince años atrás, en uno de nuestros viajes a los Alpes, decidimos atacar de nuevo la cima que dos años antes nos había negado el mal tiempo al intentar el ascenso por su vertiente Suiza, desde el pueblo de St. Moritz.

En esta ocasión, desde la vertiente italiana, tras subir por la estrecha carretera mal asfaltada que partía del valle del Torrente Mallero, detuvimos el coche en la explanada que ponía fin a la serpenteante calzada al borde de las aguas color turquesa del lago Campomoro, a mil novecientos metros de altura.

Entre rocas de agudas aristas y rodales de nieve, equipados con nuestras mochilas iniciamos el ascenso por una estrecha y pedregosa vereda monte arriba.

En otros viajes, debido al tiempo desapacible que habíamos encontrado a nuestra llegada a los Alpes, tuvimos más tiempo para aclimatarnos haciendo pequeñas marchas a través de los bosques por hermosas sendas de media montaña antes de encaminarnos hacia las cimas, pero en esa ocasión el tiempo era magnífico, por lo que iniciamos nuestro ascenso de inmediato, lo que se tradujo en una respiración fatigada debido al contraste de altura al hacer tan solo setenta y dos horas que habíamos salido de nuestra ciudad, situada al nivel del mar.

Después de siete horas de marcha, divisamos al pie del Piz Bernina el refugio en el que pasaríamos la noche: la Cabana Marinelli, situada a 2.840 metros de altura. Cien metros antes de llegar a ella, vimos cubierto de nieve el amasijo de tubos de acero retorcidos de un helicóptero, que como supimos más tarde, una racha imprevista había estrellado el invierno anterior al intentar evacuar en mitad de la tormenta a un montañero gravemente herido rescatado del fondo de una de las profundas grietas del glaciar.

Nadie sobrevivió al accidente.

Una gran fuente de espaguetis a la boloñesa sería nuestra cena aquella jornada. A las siete de la tarde, todavía de día, ya estábamos metidos en los sacos de dormir con la intención de levantarnos a las tres de

la mañana e iniciar la marcha que al cabo de seis horas debería llevarnos a coronar la cima. Siempre hacíamos el ataque final a la cumbre de madrugada para encontrar congelada la nieve recién caída sobre las grietas de los glaciares y poder así atravesarlas con un mayor porcentaje de seguridad, pues el sol del medio día podía convertir esos frágiles pasos helados en trampas mortales.

A las dos y media de la madrugada, en mitad de la noche, escuché la alarma del reloj de Paco. Sentí cómo se levantaba para comprobar qué tiempo hacía. A su regreso, a oscuras, nos comunicó:

—Seguir durmiendo. Está cayendo una nevada de tres pares de cojones.

Tres irónicas respuestas se escucharon en la oscuridad.

—¡Qué desgracia...!

—¡Vaya...!

—¡Otra vez será...!

Y los cuatro, envueltos por el dulce calor de nuestros sacos de plumas, volvimos a acomodarnos en ellos cambiando de posición antes de caer de nuevo en un profundo sueño.

Pasamos prácticamente todo el día siguiente en el interior del refugio leyendo, comiendo y jugando a las cartas.

La segunda noche fui yo el que se levantó en mitad de la noche para averiguar el estado del tiempo. Me puse la camiseta y el forro polar, y en calzoncillos, alumbrándome con el frontal abrí la puerta del refugio y salí al exterior. Desde su caseta de madera el gran San Bernardo de los guardas del refugio dio dos graves ladridos al sentir mi presencia que retumbaron en la oscuridad amplificadas por el circo de montañas que me rodeaba. En el cielo gobernaba la luz de una espectral luna llena rodeada de un halo iridiscente producido por los ingrátidos cristales de hielo suspendidos en el

aire. Volví al interior, me dirigí a la habitación y encendí la luz de la entrada.

—Señores, una noche magnífica. ¡Nos espera el Piz Bernina!

Sólo dedicaron cinco minutos al racaneo. Sin necesidad de tener que recordarlo, todos sabíamos la importancia de ponernos en marcha cuanto antes y aprovechar la tregua que nos daba la voluble climatología de los Alpes.

Bien desayunados, sesenta minutos después, una procesión de cuatro lanternas progresaba ascendiendo por la larga pala helada de más de ochocientos metros camino del Paso Grudell.

Cierro los ojos y puedo evocar con absoluta nitidez el monótono sonido de las afiladas puntas de acero de los crampones al clavarse, paso tras paso, en la nieve helada. Los reflejos de los haces de luz de nuestras lanternas en los micro espejos de hielo destellaban en el suelo por centenares, refulgiendo como piedras preciosas. “Camino sobre diamantes...” —recuerdo que pensé.

Cuando el resplandor del amanecer comenzaba a iluminar las crestas del macizo, entramos en la zona glaciár.

Al llegar a la primera grieta nos detuvimos a una distancia prudencial dejando las mochilas sobre la nieve. Tomé un buen trozo de hielo del borde y lo arrojé a su interior. El color blanco de la superficie iba evolucionando a azul claro, volviéndose más intenso a medida que la brecha ganaba en profundidad: azul marino, azul oscuro, y más allá, negro absoluto. El sonido que produjo el bloque al caer golpeando las paredes, se fue perdiendo..., se fue perdiendo..., hasta que al fondo, tal vez a trescientos metros, se escuchó lejano el chapoteo de su impacto contra el río que discurría bajo el glaciár.

En cada grieta repetíamos la misma maniobra: si no era muy ancha, encordados, concentrados y atentos, la salvábamos de un salto. Si el hueco era superior a metro y medio, buscábamos un paso helado que nos ofreciese la suficiente confianza como para atravesarlo.

Antes de cruzar el primero de cordada, el que iba en segundo lugar deslizaba un mosquetón por la cruz del piolet, lo clavaba firmemente a un par de metros del borde de la grieta, y pasaba por él la cuerda para asegurar al guía en caso de caída. Una vez superado el obstáculo, era el primero el que desde el otro lado repetía la maniobra de seguro informando con un “¡Adelante!” al siguiente de que ya podía atravesar el abismo.

A pesar de haberlo hecho en infinidad de ocasiones, seguía impresionándome la maniobra de seguro. Cuando mi compañero, en una actitud de plena atención me decía “¡Adelante!” , sabía lo que esa palabra significaba: “vamos compañero, tu vida está en mis manos, lo sé, y voy a protegerla. Si el puente de hielo cediese, con mis brazos y con la ayuda del piolet y la cuerda detendría tu caída. Nada tienes que temer. Ven”

Superado el obstáculo era yo el que quedaba al cargo de esa responsabilidad con el siguiente. Nada más existía para mí en esos momentos. La vida de uno no se deja en manos de cualquiera, y el hecho de hacerlo crea un vínculo indestructible entre esas dos personas que ya jamás desaparece.

Rebasada la zona glaciar y sus profundas brechas, ascendimos por la vertical morrena. De vez en cuando alguna roca se deslizaba por la pendiente rodando a gran velocidad acelerándose hasta estrellarse con violencia contra la dura superficie del río de hielo cuatrocientos metros más abajo. Superada esta peligrosa zona de piedras sueltas alcanzamos el amplio y elevado plató nevado. A casi cuatro mil metros de altura, tan solo

ciento cincuenta metros de desnivel nos separaban de la conquista de nuestro objetivo.

Decidimos parar unos minutos a descansar y comer algo al abrigo de unos peñascos antes de abordar el tramo final, el más vertical. Desde nuestra posición podíamos contemplar el agudo pico de la montaña recortado en el azul del cielo, pero algo que observamos sobre su cima iba a cambiar de golpe todos nuestros planes.

Suspendida encima del Piz Bernina, una pequeña nube, apenas una pincelada de algodón, coronaba su cumbre. Los naturales de la zona lo llaman “La Mula”. Demasiadas veces habíamos vivido ese fenómeno a lo largo de los años como para no saber su significado: cuando en los Alpes aparece un penacho en la cima predominante del macizo, es el anuncio de un brusco cambio de tiempo que está a punto de echarse encima. Los cuatro sabíamos que antes de una hora todo estaría cubierto.

Sin mediar palabra Paco sacó el plano de la zona. Nuestra intención de hacer cumbre y descender por donde habíamos venido se desvaneció de repente. Por supuesto, a pesar de la escasa distancia que nos separaba de la conquista de nuestro objetivo, renunciamos a continuar. Una frase que habitualmente utilizábamos en este tipo de situaciones para desdramatizarlas acudió a mi mente: “Es preferible que digan: aquí dio la vuelta un gallego, que: aquí murió un inglés”

Con el plano extendido sobre la mochila alcé mis ojos y comprobé como en pocos minutos la pequeña nube se había desarrollado con rapidez, ocultando ya la parte alta del cordal y avanzando al mismo tiempo pendiente abajo. Si uno fijaba sus ojos en ella podía ver con claridad como por segundos se ensanchaba hacia los valles, como si surgiese del centro de un enorme compás cuyo eje fuese la misma cumbre.

Retroceder con precipitación por donde habíamos venido podría resultar muy peligroso. De hacerlo, con mal tiempo y en circunstancias de poca visibilidad teníamos grandes posibilidades de que las grietas que sorteamos al amanecer se convirtiesen en nuestra fría tumba. Descartamos el regreso.

Localizamos en el mapa nuestra situación al pie del último espolón rocoso, al comienzo de una enorme extensión plana ligeramente ondulada. En un extremo de esta gran superficie, a unos cuatro kilómetros de distancia, un pequeño punto en el papel señalaba un lugar no mayor que la cabeza de un alfiler con el nombre “Cabana Marco e Rossa”, probablemente un abrigo para los montañeros que en verano escalaban las verticales vías de la cara sur. Contando las apretadas líneas de desnivel en el plano, hice la observación de que el refugio estaba al borde de un tremendo precipicio de más de seiscientos metros de caída, por lo que deberíamos estar bien atentos.

En cuestión de segundos, el plano extendido sobre la mochila empezó a agitarse anunciando el fuerte viento que iba a preceder a la tormenta que se estaba fraguando encima de nosotros. Tuvimos el tiempo justo de determinar la dirección aproximada en la que debería encontrarse el hipotético cobijo antes de que se cubriese todo a nuestro alrededor y sumirnos en un mundo gris sin relieves ni referencias, con un alcance de visión, que poco después, apenas nos permitiría distinguir la silueta del compañero que iba delante.

Encordados seguimos avanzando por la planicie, pero dejando esta vez la montaña a nuestra espalda. La progresión, hundiéndonos a cada paso por encima de la rodilla y en ocasiones hasta la cintura en una nieve húmeda y pesada resultaba penosa, agravada por la dificultad al respirar debido a la altura.

Con rapidez, casi con violencia, el tiempo cambió bruscamente a peor. Desde el mismo momento en que se cubrió el cielo la temperatura comenzó a bajar drásticamente:

—Menos 17 grados y cayendo —anunció Alfonso tras consultar su sofisticado reloj.

Una intensísima granizada nos obligó a permanecer juntos y agachados durante diez minutos aguardando a que descargase toda su furia. Violentas ráfagas de nieve sucedieron al granizo volando en veloces remolinos a nuestro alrededor, provocando al pasar horizontales junto a nosotros una extraña sensación de mareo.

La cuerda de vivos colores se volvió invisible mimetizada por los helados copos que la envolvían. La figura de José, caminando delante de mí, cada vez la distinguía con mayor dificultad, pues su espalda orientada a la ventisca estaba totalmente blanca por la nieve.

Tras dos interminables horas caminando por la planicie José se detuvo y dijo algo que todos llevábamos un buen rato pensando pero que nadie se había atrevido a expresar:

—¡El refugio debería estar por aquí...!

—Creo que en este tramo final nos hemos desviado un poco. Tal vez estemos dando vueltas —dijo Paco.

—Abrid bien los ojos. No olvidéis el precipicio —les recordé.

La caída de la luz se hacía evidente por momentos, dejando claro que en algún lugar más allá de las negras nubes que nos envolvían, el sol acababa de despedirse de las montañas por esa jornada. Con amenazadora determinación, el fuerte viento y el intenso frío tomaron relevo a la retirada del día abandonándonos a nuestra suerte.

—Señores, tenemos un problema. Me temo que vamos a tener que pasar aquí la noche —dijo José con tono grave.

Todos sabíamos lo que aquello significaba, y más en una zona desprotegida y barrida por el viento helado: tendríamos que hacer un agujero en la nieve lo suficientemente amplio para tres de nosotros y acurrucarnos en él apoyándonos en nuestras mochilas transmitiéndonos calor unos a otros, intentando evitar así el contacto de los labios de un suelo ansioso de beber nuestra temperatura para adherirnos a su causa y convertirnos en esculturas de hielo. El cuarto debería permanecer afuera saltando, moviéndose constantemente durante hora y media para alejar en lo posible la probabilidad de sufrir congelaciones en pies y manos antes de ser relevado por otro de los habitantes del improvisado abrigo.

Si no quedaba más remedio que pasar allí la noche, no seríamos los primeros ni los últimos que lo harían. Todos conocíamos casos de éxito en circunstancias parecidas, pero también de fracaso, y con la tormenta que se había desatado encima de nuestras cabezas existía el riesgo real de que aquella pudiese ser nuestra última noche. Todos éramos conscientes de esa posibilidad.

El silencio que se produjo entre nosotros hizo evidente la gravedad del momento. Sabíamos lo que teníamos que hacer, pero también éramos conocedores del fatal desenlace de episodios vividos por otros montañeros en circunstancias parecidas. Sólo yo —ellos también tenían su historia— recordaba haber asistido a los funerales de tres compañeros con los que en alguna ocasión había estado encordado en diferentes cordilleras y macizos, y que por distintas causas, habían encontrado su fin al pié de vías de escalada o en el fondo de algún abismo de hielo. Uno de ellos, con el que siete años antes había asistido a un curso de técnicas de alta montaña en la sierra de Gredos, halló su sepultura en la profunda grieta de un glaciar en la cordillera del Himalaya. Sus compañeros de expedición, agotados física y psicológicamente, no dispusieron de fuerzas ni medios suficientes para poder rescatar y repatriar su cuerpo sin vida. Bien pensado, fue un lugar

ideal donde acabar sus días para alguien como él, que amaba profundamente la montaña.

La oscuridad total nos dio alcance.

Me liberé de la mochila; apoyándola en el suelo saqué el frontal del bolsillo superior y me dispuse a cavar en la fría nieve con mi piolet bajo el haz de luz de la pequeña linterna. En ese momento, el cegador relámpago de un rayo que estalló atronador cuatro segundos más tarde, iluminó por un momento el cielo encapotado.

—¡¡He visto algo!! ¡¡Allí!! —grité para poder ser oído por encima del estruendo de la fuerte ventisca.

Muy juntos para no perder el contacto visual, nos dirigimos hacia algo oscuro que por unos instantes había destacado en mitad de la nieve y que mis ojos habían captado a no más de veinte metros de nosotros. Allí estaba lo que había llamado mi atención. Parecía una roca. Me aproximé y distinguí el cuadrante superior de una puerta de acero. Cogimos los piolets, y con su ayuda y la de nuestras manos, despejamos la entrada de aquel pequeño habitáculo de no más de veinte metros cuadrados. Como si operase en ella una escenografía oculta y desconcertante, aquella estructura metálica anclada por tensos cables de acero y suspendida al borde del abismo, escapaba fuerte y valiente a la hipnotizante atracción vertical del precipicio.

Tras la puerta, que abrimos sin dificultad sencillamente empujándola, un letrero escrito en cuatro idiomas nos dio la bienvenida: “Amigo montañero, este refugio ha sido equipado por helicópteros para tu seguridad. Cuida de esta instalación, haz uso de cuanto necesites, y deja en la caja metálica el importe que consideres adecuado”

—¿Os acordáis de la cena que nos dimos aquella noche allí, en la Cabanna Marco e Rosa? —les pregunté mientras a pequeños sorbos seguíamos bebiendo nuestro ron añejo a la luz de la chimenea.

—¿Cómo olvidarla? Nunca había hecho espaguetis con agua de granizo. ¡Hasta vino encontramos en aquel lugar! —dijo Alfonso.

—Y calefacción a gas, y mantas, y leche en polvo, y galletas... un oasis en mitad de aquel desierto helado —intervino José.

—Verdaderamente tuvimos mucha suerte en aquella ocasión. De no haber dado con aquel abrigo en el último momento no nos habría quedado más remedio que hacer un agujero en la nieve para pasar la noche, y tal vez hoy no estaríamos aquí para contarlo —dijo Paco pensativo.

—¿Pero sabéis un momento que tengo profundamente grabado y que aún ahora, veinticinco años después, puedo revivir con total nitidez? —pregunté.

Los tres me miraron sin parpadear, expectantes, con el reflejo vibrante del fuego de la chimenea en sus pupilas.

—El momento en que, sin mediar palabra, nos lanzamos a despejar de nieve la entrada del pequeño refugio para comprobar algo fundamental, algo determinante que todos habíamos pensado al mismo tiempo y que ninguno tenía claro: si la puerta estaría abierta. Cuando cedió al empuje de mi mano enguantada y el cono de luz de la linterna penetró en su interior... ¿recordáis el aullido del viento en ese instante? ¿Cómo silbaban las violentas ráfagas en los tensos cables de acero? Jamás olvidaré aquel furioso bramido clavándoseme en los oídos y el pecho, aquel rugido amenazador en tonos graves y agudos entrechocando violentamente entre sí como estridentes trompetas anunciando el Apocalipsis. ¿Lo recordáis...?

Todos respondieron al unísono con su gesto serio, su mirada perdida... y su silencio.

Recordé como antes de entrar en el refugio permanecimos unos instantes de pié frente a la puerta, sin decir nada, con la respiración entrecortada por el esfuerzo, tocándonos las cabezas con las capuchas cerradas formando un círculo y rodeándonos los hombros con los brazos creando lo que debió ser una bella escultura viva y humana con ocho apoyos, emocionado más de uno... y más de dos, conscientes de lo que estábamos viviendo y de que aquello no podía ser sólo atribuido a la suerte.

Y pensé en el helicóptero estrellado al pie de la Cabana Marinelli junto al que habíamos pasado dos días antes; y en que tal vez aquel piloto fallecido en el accidente pudiera ser el mismo que había equipado aquel refugio; y en el misterioso relevo de la vida, en cómo viaja de uno a otro a través de las yemas de los dedos, y en la frágil y delgada línea que separa la existencia de la muerte...

—¿Sabéis lo que os digo? —dejé en el aire—. Creo que, una vez más, algo o alguien volvió a cuidar de nosotros aquel día.

Durante los minutos siguientes ninguno de ellos estuvo realmente ante el fuego. Su vista permanecía extraviada en el baile de las llamas mientras rescataban de su memoria, reviviéndolo, algo que ya formaba parte de la historia de cada uno de los que allí nos encontrábamos, y que con facilidad podría haberse convertido en el último capítulo de nuestras vidas.